

MIGUEL ANGEL SCENNA

1804-1810

Las Brevas Maduras

1

27 ENSAYOS *sobre Historia Argentina 1804-1966*
Colección dirigida por el Profesor Doctor Félix Luna

stockcero

982 Scenna, Miguel Angel
SCE Las brevas maduras : 1804-1810.- 1ª. ed.-
Buenos Aires : Stockcero, 2003.
208 p. ; 23x15 cm. - (27 Ensayos sobre
historia argentina / Félix Luna; 1)

ISBN 987-1136-01-3

I. Título - 1. Historia Argentina

Diseño de colección, tapa e interior:
Schavelzon | Ludueña. Estudio de diseño.

Reproducciones fotográficas: Graciela García Romero

Copyright © Stockcero 2003

1º edición: 2003
Stockcero
ISBN 987-1136-01-3
Libro de Edición Argentina.

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723.
Printed in the United States of America.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta,
puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna
ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de
grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

stockcero.com
Viamonte 1592 C1055ABD
Buenos Aires Argentina
54 11 4372 9322
stockcero@stockcero.com

27 Ensayos sobre Historia Argentina

1804 a 1966

Introducción

La Colección que se inicia con este volumen, intenta presentar una versión completa de la historia argentina según una metodología y una forma que son - así lo creemos - novedosas dentro del panorama historiográfico del país.

Uno de los fenómenos más notables ocurridos en los últimos años en las tendencias del público lector argentino, es el que marca una decidida inclinación por la lectura histórica a nivel popular. Revistas, fascículos, publicaciones periódicas, colecciones, series y un alud de libros sobre diferentes temas y de muy distinto nivel, han tratado de satisfacer esta ansiedad de los lectores argentinos, que no es otra cosa que la expresión de su profundo interés por el país. En la medida que se intuye la conexión de ciertos problemas del presente con líneas que arrancan del pasado, los argentinos se han asomado a los orígenes de la comunidad nacional para buscar claves que ayuden a encuadrarlos y solucionarlos. Por otra parte, de muchos años atrás existía la sensación de un prolongado escamoteo de la verdad histórica en las versiones más o menos habituales; el embate revisionista contribuyó a desenmascarar no pocas de estas falacias, y luego, las mismas exageraciones de esta tendencia, con sus secuelas ideológicas, apuró un renovado interés para establecer terrenos firmes sobre los cuales apoyar el juicio de la gente común.

Estas circunstancias han traído un estado de cosas revulsi-vo al hasta hace pocos años pacífico y recoleto ambiente histo-riográfico de nuestro país. En la actualidad, la Argentina vive su historia con una pasión e intensidad que difícilmente tenga comparación en el mundo. Pero vivir la propia historia no quiere decir que se esté instalado espiritualmente en el pasado. En nuestro país, la vivencia de la historia forma parte de esa irrita-da introspección que Toynbee señaló como característica sin-gular del alma argentina de hoy. Y está bien que sea así. Nada más triste que la idea de una historia definitiva, sacralizada, se-pultada en libracos que nadie lee, y cuya proyección en la for-mación de la comunidad es nula. Cuando existe esta circunstan-cia, es seguro que hay un interés en hurtar la realidad nacional - de la que la historia forma parte indisoluble - al conocimien-to de los grandes públicos, lo que es una sutil manera de aislar al pueblo de los Procesos decisivos de la Nación.,

Una de las técnicas - deliberadas o inconscientemente imple-mentadas - que se usan para alejar al público de la frecuentación de la historia, ha sido la de presentar versiones tediosas, pesadas, intransitables; y aparentar que no existe otra forma posible de escribir historia. Es cierto que la creciente especialización de la ciencia histórica exige métodos y encuadres formales muy pre-cisos, rodeados de un aparato erudito inevitablemente árido.

(La escuela clásica alemana perfeccionó este estilo hasta el horror, y los historiadores norteamericanos modernos lo han llevado a la asepsia deshumanizada de una computadora.) Y sin embargo, aun de esos textos es posible extraer el soplo de vida que está contenido en toda página de historia. Uno de los per-sonajes de Jane Austen decía que se asombraba de que la histo-ria fuera tan aburrida, ya que casi toda era una pura invención... Pero aun cuando admitiéramos que la historia es un invento en

su mayor parte, no podemos entender que pueda ser aburrida, salvo si hay una deliberada intención de que así se la vea. Esta pesadez es la condición para que los grandes públicos no se acerquen al pasado. Lo repetimos: en la historia nuestra se esconden algunas de las respuestas a los interrogantes permanentes que suelen formularse los argentinos. Preguntas como éstas: “Por qué siempre hay un elemento de violencia a lo largo de nuestros avatares? ¿Por qué hay distintas maneras de graduar y calificar a los que la han ejercido? ¿Qué fatalidades nos imponen un sistema centralista, cuando teóricamente es federalista? ¿Por qué los gobernantes populares pudieron gobernar sólo hasta cierto punto y dentro de ciertos límites? ¿Por qué los criterios de autoridad y de libertad, esos ying y yang de toda comunidad organizada, no han encontrado en la Argentina fórmulas de convivencia contemporánea?”, etcétera; preguntas como éstas y otras, sólo admiten respuestas basadas en el manejo de antecedentes históricos. Un manejo que no necesita especialistas, porque depende de elementos de juicio relativamente simples.

Y bien: desde hace algunos años se ha intentado romper con el mito de la historia aburrida, y desde diversos ángulos se presentó a los argentinos una serie de propuestas historiográficas con un lenguaje, una temática y una forma aptos para ser asumidos por grandes masas de lectores. Una de estas propuestas es la revista *Todo es Historia*, aparecida en mayo de 1967, y regularmente entregada al público todos los meses, desde entonces.

No me resulta fácil hablar de una creación tan personal como *Todo es Historia*. Pero no debo caer en la hipocresía de fingir subestimar la importancia que tuvo esta publicación en la creación de una nueva actitud de los lectores argentinos frente al pasado de su país. A partir de esta aventura empezaron a flo-

recer toda clase de empresas historiográficas: muchas de ellas, ya se sabe, fueron deleznable. Pero su conjunto ha aparejado ese sostenido interés, ese apasionamiento al que nos hemos referido líneas arriba. Y estos 27 Ensayos sobre Historia Argentina son gran medida, una resultante de aquella experiencia.

El Propósito de esta Colección es brindar una visión integral del pasado de Argentina, en su época independiente, con el mismo estilo que consagró aquella revista, pero esta vez en forma de volúmenes separados, cada uno de los cuales comprende un lapso más o menos breve de nuestra crónica nacional. Cada libro tratará el devenir político, la circunstancia económica, el contexto cultural y social de los años que abarca. No habrá en estas páginas alardes de erudición; pero cada línea está avalada por un trabajo de investigación que puede desafiar a cualquier discusión. Hemos pedido a sus autores que adopten un estilo ágil, liviano, periodístico en el mejor sentido de la palabra. Por supuesto, muchos de los que colaboran en esta iniciativa, vienen de *Todo es Historia*. Cuando haya aparecido el último tomo de los 27 Ensayos, el lector podrá contar con una reconstrucción completa de nuestra historia independiente, cada una de cuyas partes tendrá obviamente la marca propia de su autor, pero todas ellas vinculadas por una común manera de mirar nuestra historia.

¿Cuál es esta manera? No resulta fácil definirla. Digamos que estos ensayos no se sienten comprometidos con la versión clásica de nuestra historia, ni tampoco con la proposición revisionista, como escuelas o tendencias. Ambas corrientes dejaron saldos positivos, y ahora estamos frente a una nueva historia que no excluye nada de lo que ha sido propio de la evolución argentina, pero que mira a esta evolución con las inquietudes y puntos de vista de los argentinos del último tercio del siglo XX.

No colocan a la historiografía en la sumisa actitud de una sirvienta de la política, ni tratan de adaptar los hechos históricos al lecho, de Procusto de una ideología, para aceptar los que les convienen, y desechar aquellos que no caben en su metro. Pero tampoco es esta una exposición deshuesada de hechos puros. Hay una idea central: la formación de la Nación como clave y meridiano del proceso histórico, y, en consecuencia, el papel protagónico del pueblo por encima de anécdotas, efemérides y nombres propios. Y también, una intención de detectar, en cada lapso, los elementos cuya proyección ha servido para integrar la comunidad nacional vertical y horizontalmente, en su geografía política y en su paisaje. Va sin decir, pues, que la nuestra es una historia esencialmente objetiva. Pero en el sentido que le da Edward Hallet Carr: “La historia adquiere significado y objetividad, sólo cuando establece una relación coherente entre el pasado y el futuro”. Porque no valdría la pena un esfuerzo como éste, si sólo se dirigiera a evocar el pretérito.

Esta Colección es, ciertamente, una forma de asomarse al futuro argentino en el entendimiento y el amor a todo aquello relevante que ilumina e identifica a la Nación desde su tiempo pasado.

Félix Luna

El virrey Sobre Monte

Las cuatro fragatas

En los primeros días de octubre de 1804 el marqués de Solano, capitán general de Cádiz, estaba de fiesta y protocolo. Visitaba el puerto español una fuerza naval inglesa de cuatro fragatas de guerra al mando del comodoro Moore, quien, como distinguido huésped que era, fue tratado con la cálida hospitalidad hispana de costumbre. España e Inglaterra estaban en dichosa paz, y los marinos de ambas naciones confraternizaron entre amistosos agasajos. Al cabo, el Comodoro se despidió, fue cordialmente acompañado hasta el muelle, las naves levaron anclas, y en un glorioso día otoñal se alejaron mar adentro. El comodoro Moore, con el sabor de las atenciones fresco en el alma, se dio a escrutar el horizonte. Pronto su catalejo le denunció velas a la distancia, y alertó a su fuerza. Cuatro fragatas españolas se acercaban en dirección a Cádiz.

El Comandante español vio aproximarse a los navíos ingleses, extrañado, pero no desconfiado. Las fragatas británicas acortaron distancias, y se dispusieron en tal forma, que cada barco inglés tenía al alcance de sus cañones un buque español. Entonces Moore comunicó atentamente a su colega español que debía entregar las fragatas y el cargamento como presa de guerra. Indignado, el otro protestó por ese ataque traicionero en plena paz, y se negó a obedecer. Moore ordenó abrir fuego. Una

fragata española voló por los aires en pedazos. Desde la borda de otra nave, un hombre contempló con horror el espectáculo: era don Diego de Alvear, que veía desaparecer a su esposa y siete hijos en la explosión. A su lado, el único vástago sobreviviente, Carlos María, de quince años, futuro general y guerrero de la Independencia, miraba sin comprender el primer destello de su singular carrera. Otro muchacho, Tomás de Iriarte, también era testigo del atropello. Entregados los españoles, fueron conducidos a Londres.

Los ingleses sabían de la llegada de las cuatro fragatas, y que ellas transportaban una fuerte suma de dinero que temían fuera destinada a las arcas del odiado Napoleón Bonaparte, con el que Jorge III estaba en guerra desde mayo de 1803. Moore recibió orden de apoderarse del tesoro, desdeñando el ligero detalle de que Londres no estaba en guerra con Madrid, y el Comodoro, ya que estaba en la cosa, no encontró mejor lugar de espera que el propio puerto de Cádiz, hacia donde se dirigían las fragatas.

Y allí las aguardó comiendo el pan y la sal – con el fuerte vino español correspondiente – que el marqués de Solano brindó en generosa hospitalidad. Pero las necesidades de Estado son inflexibles, y no se han hecho para sentimentales. Moore disfrutó en Cádiz, asaltó las fragatas españolas, voló una, se quedó con el resto, y se llevó a todos con la satisfacción del deber cumplido. Sir Francis Drake podía descansar tranquilo; tenía sucesores de su mismo metal.

Moore no era el único. Precisamente por ese tiempo el Gabinete inglés mostraba interés por la opinión de otro marino de aquilatados méritos, Home Popham, que a los cuarenta y dos años había acumulado una frondosa experiencia en infinitos campos. Popham era marino a la inglesa, vale decir que los es-

crúpulos los reservaba para los oficios dominicales. Comerciante en varias partes del planeta, hombre de ciencia en las horas de ocio, diplomático cuando hacía falta, contrabandista si venía bien, y político en todo momento, con fuerte vocación por la aventura y el dinero. Un verdadero hacedor de imperios. El motivo de la atención del Gabinete de William Pitt por este interesante compatriota consistía en que comenzaban a mirar detenidamente las extensas posesiones españolas en América. Naturalmente, seguían en paz con España; pero ese era un detalle secundario. Popham fue llamado al Almirantazgo por el titular, Henry Melville, y se le encargó que proyectara y redactara un estudio sobre la factibilidad de invadir y ocupar la América española. Para la tarea contaría con la ayuda de un tal Francisco de Miranda, un señor muy convencido de que cuando los americanos vieran un soldado inglés, se levantarían en masa contra España. Los dos hombres estudiaron el asunto, y Popham lo consideró viable. Elevó un memorial en el que proponía dos expediciones: una desembarcaría en Venezuela, al mando de Miranda; otra se dirigiría al río de la Plata, bajo su conducción. El memorial fue encarpetado y dejado de lado por el momento. Pese a lo cual, en el río de la Plata se avistaron naves inglesas sondando aguas y reconociendo la costa.

En Buenos Aires fallecía, el 11 de abril de 1804, el virrey don Joaquín del Pino, y S. M. C., Carlos IV, nombraba como sucesor a don Rafael de Sobre Monte Núñez Castillo Angulo Bullón Ramírez de Arellano, tercer marqués de Sobre Monte, de cincuenta y nueve años, como noveno virrey del Río de la Plata. El favorecido entró con su pesada carga de apellidos al Fuerte porteño trayendo una larga experiencia administrativa, como que había sido secretario del virrey Vértiz y, por más de quince ilustres años, notable gobernador de Córdoba. En diciembre de 1804, Es-

paña se convenció de que los británicos tenían ideas peculiares sobre estado de paz y beligerancia, y no conforme con las explicaciones sobre el asunto de las fragatas, declaró la guerra a Inglaterra. La noticia llegó a Buenos Aires el siguiente mes de abril; pero no debió de preocupar mucho. Inglaterra quedaba lejos, y un ancho mar se interponía entre ella y el río de la Plata.

Hispanoamérica aislada

La guerra en curso entre Inglaterra y Francia tenía todos los caracteres de una contienda a muerte, que sólo terminaría con el aniquilamiento de uno de los bandos. El Gobierno de Londres miraba con aprensión el fuerte estallido expansionista posrevolucionario de Francia. La creciente sombra de Bonaparte estrechaba hasta los cimientos el postulado del *equilibrio continental*, artículo de fe para Inglaterra, que consistía en mantener a las potencias europeas mutuamente enfrentadas y neutralizadas entre sí, dejando a Gran Bretaña el papel de árbitro supremo y magno vigilante de la diplomacia continental. La expansión napoleónica tenía dos consecuencias inmediatas para Londres: le restaba mercados, dejando a la producción inglesa – siempre en aumento – sin posibilidad de colocación, desplazada por la competencia francesa; en segundo término, había razones para creer que Bonaparte pensaba extender su influencia a otros continentes, lo que implicaría el estrangulamiento del poderío inglés. Era menester impedirlo a toda costa. Francia ocupaba a Holanda, y Holanda tenía colonias que podían caer en poder de Francia. Justamente Home Popham, el que urdiera proyectos sobre el Río de la Plata, sugirió a Pitt la conveniencia de ocupar la ciudad del Cabo, colonia holandesa. Los informes decían que estaba mal guar-

neccida, de modo que sería una conquista fácil, que aportaría a Gran Bretaña una base inmejorable en el Atlántico sur, a la vez que era puerta de acceso al océano Índico, donde se habían avistado naves francesas. El Gabinete aprobó la idea, y allá fue Home Popham con una flota donde embarcaba un ejército al mando de sir David Baird. Cruzaron el Atlántico e hicieron escala en Bahía, al norte del Brasil. Gran revuelo entre la gente, que acudió en masa a los muelles, para ver el insólito espectáculo de la gran escuadra. Y poco después llegó la noticia a Buenos Aires, provocando alarma. El virrey Sobre Monte y las autoridades porteñas supusieron que esa fuerza estaba destinada al Río de la Plata, y tomaron recaudos para asegurar la defensa. Pero no pasó nada. Las naves británicas levaron anclas, y el susto se lo llevaron los holandeses. En enero de 1806 era ocupada la ciudad del Cabo casi sin resistencia. Home Popham había tenido razón.

Pero en el intervalo de los preparativos, viaje y ocupación, ocurrieron algunos hechos de singular importancia. El 21 de octubre de 1805 se enfrentaron en Trafalgar las escuadras de Francia y España con la de Gran Bretaña. El resultado fue decisivo. Inglaterra perdió su mejor almirante; pero ganó el dominio casi absoluto de los mares. El peligro de que Napoleón pudiera trascender fuera de Europa se mitigó sensiblemente. A su vez, España quedó cortada de sus colonias, imposibilitada de mandarles auxilios o protección suficiente. Aparentemente, restaban a merced de la voluntad inglesa. Un mes después de Trafalgar, Napoleón destrozó a los ejércitos coligados contra Francia en los campos de Austerlitz. Si Gran Bretaña era dueña del mar, Napoleón quedaba como amo indiscutido del continente europeo. Dicen que al saber la noticia de Austerlitz, William Pitt enrolló el mapa de Europa y lo guardó, diciendo que no haría falta en los próximos diez años. Y aunque no lo hiciera, es posible

que desplegara – al menos, mentalmente – el mapa de Hispanoamérica. Allí se extendía un enorme Continente desligado de su Metrópoli, lleno de ciudades y de gente compradora. Y en los puertos ingleses se abarrotaba la producción que los manufactureros no podían colocar en Europa. Si por diez años Londres debía dar la espalda a lo que hubiera allende el paso de Calais, el decenio podía dedicarlo provechosamente al otro lado del Atlántico. Es posible que Pitt volviera a pensar en el Río de la Plata. No lo sabemos, pues murió el 20 de enero de 1806, antes de poder hacer nada al respecto.

Proyectos de Popham

Allá en el Cabo, Home Popham seguía pensando en el ancho río sudamericano. Desde antes de salir de Inglaterra tenía informes de que Buenos Aires y Montevideo estaban prácticamente desguarnecidas. En Bahía los informes fueron confirmados. Ya en el Cabo, todos los datos que reunió, ratificaron lo sabido, cosa que por lo demás era cierta. Alentado por la fácil conquista de la colonia holandesa, Popham comenzó a sacarle punta a la idea rioplatense. ¿Por qué no? Inglaterra ganaría una colonia de incalculable valor militar, que junto con el Cabo aseguraría el dominio del Atlántico sur. A su vez, el *hinterland* pampeano aportaba una inagotable fuente de materias primas y su población un consumo seguro de la manufactura inglesa, que estaba pasando tan malos momentos. Popham era comerciante, además de marino, y estaba bien al tanto del problema. Un detalle lo decidió. Sus informantes le aseguraron que en Buenos Aires se custodiaba una fuerte suma de dinero, unos cinco millones de pesos plata, detenida al no poder seguir hacia España, después de Trafal-

gar. ¡Cinco millones de pesos plata! Por la ley inglesa, si Popham se apoderaba del tesoro, sería repartido entre jefes y oficiales, tocándole una suculenta porción. Manos a la obra.

El marino inició una intensa operación de ablande sobre el general Baird, para que le prestara una fuerza de tierra. Hizo destellar ante los ojos de sir David las monedas de plata del tesoro, le habló de la parte que le correspondería sin riesgo, habló del poderío británico. Nada sería más fácil que repetir lo del Cabo, ganando méritos y dinero. Baird sacó cálculos, y aceptó. Entregó a Popham un millar de hombres, casi todos veteranos del 71° de infantería ligera de Escocia, colocando a su frente a un coronel tuerto de treinta y ocho años, sir William Carr, vizconde de Beresford. Lo ascendió a brigadier – equiparándolo en grado con Popham –, y le dio la bendición. El 9 de abril de 1806, Popham escribió una impagable carta al Almirantazgo comunicándole su decisión: como la inactividad le hacía grave daño moral, había resuelto conquistar el Río de la Plata. Después de tan emotiva explicación, ordenó levar anclas: era el 14 de abril de 1806. En Santa Elena hicieron escala, y Popham convenció al Gobernador de que le prestara también él unos cuantos hombres. Luego emprendió la última etapa. El 20 de mayo, el fuerte de Santa Teresa, en la Banda Oriental, avistó un navío de guerra inglés. Era la fragata *Leda*, avanzada de la fuerza invasora que se aproximaba. A mediados de junio la flota llegaba a la isla de Flores, donde ancló para operar la reunión de las naves y ultimar detalles.

Buenos Aires, ciudad inglesa

En Buenos Aires, el Virrey no sintió perturbar su sueño. Está bien que la noticia de noviembre anterior sobre la presencia

de naves británicas en Bahía fue una falsa alarma. Podía pasar que no diera trascendencia a la aparición de la *Leda* en las costas orientales; pero desde el 18 de junio no quedaba duda de que una fuerza británica se disponía al ataque en el río de la Plata. Sobre Monte se limitó a tomar algunas medidas elementales, en la creencia de que el asalto sería sobre Montevideo. Ciertamente que ésta y Buenos Aires tenían deficiente guarnición; pero el Virrey pensó superar la situación. Creyó, probablemente, que los ingleses se limitarían a amagar, o que tenían otro destino, por lo que se dejó estar.

Al anoecer del 24 de junio, el comandante del fuerte de la ensenada de Barragán, don Santiago de Liniers, avistó naves británicas acercándose a Buenos Aires, y mandó parte urgente al Virrey. Sabemos que la noticia arruinó la velada teatral de que disfrutaba el Marqués, que salió para seguir haciendo fuera poco más que nada, aparte de mandar a la Virreina y sus hijas a Monte Castro – hoy Floresta – con todo el equipaje listo.

Ya estaban encima los ingleses. Militarmente, hubiera convenido más apoderarse de Montevideo, plaza fuerte fácil de defender; pero los cinco millones de pesos estaban en Buenos Aires, y allí se dirigieron Beresford y Popham. Hacia el mediodía del 25 de junio comenzó el desembarco en Quilmes. No fue fácil ni sencillo. Bajo una tenaz llovizna que empapaba todo, los soldados debieron hacer tierra en esa costa baja, pantanosa, convertida en un magma de barro y agua; es decir, un lugar ideal para ser diezmados por una defensa decidida. Pero allí los ingleses tuvieron la primera sorpresa agradable. Los soldados del Virrey, al mando de Pedro Arze, se limitaron a permanecer en las barrancas vecinas, mirando de lejos a los invasores, que de ese modo pudieron completar el desembarco con plena tranquilidad, durante el resto del día. Cuando el 26 estuvieron todos

reunidos, rompieron marcha hacia la barranca al son de las gaitas del 71° de *Highlanders*, y comenzaron a trepar la altura. Los defensores jamás habían visto un espectáculo semejante: las filas marchaban impertérritas, sin tomar en cuenta las balas que silbaban a su alrededor, en fuego no demasiado graneado. Como seguían inexorablemente, comenzaron a flaquear, y cuando el coronel Arze dio orden de repliegue, todos escaparon en magnífica estampida, dejando solo al jefe, que exclamó desolado: “*¡Yo ordené una retirada, no una fuga!*” Y mientras corría él también para ponerse a salvo, del fondo del corazón le surgió un lamento: “*¡Carajo! ¡Qué dirán las mujeres de Buenos Aires!*” Después redondeó su amargura al informar: “*Tengo la satisfacción de que todos me hayan dejado solo*”. Claro que se preocupó de no prolongar su soledad por mucho tiempo. Tal fue la escaramuza de Quilmes. Los ingleses tenían campo abierto, y rompieron marcha hacia Buenos Aires, mojados, embarrados y felices.

Aún Sobre Monte dispuso una línea de defensa, sobre el Riachuelo, en el puente de Gálvez – hoy, puente Pueyrredón –; pero tan pronto como aparecieron los ingleses y sonaron los primeros tiros, los aguerridos defensores se apresuraron a ponerse en salvo. En primer lugar, Sobre Monte, que recorrió con franca prisa la calle Larga de Barracas (hoy, avenida Montes de Oca), hasta llegar a la calle de las Torres (Rivadavia), donde en vez de doblar a la derecha rumbo al Fuerte, giró a la izquierda, perdiéndose tras el horizonte hacia el Interior y dejando totalmente abandonada la capital del Virreinato.

Se ha discutido mucho la actuación de Sobre Monte. Se ha insistido, en su defensa, que desde los tiempos del virrey Vértiz existía un plan defensivo por el cual, en caso de invasión extranjera al Río de la Plata, si no se podía retener a Buenos Aires

o a Montevideo, debía procederse a un repliegue hacia el Interior, dejando tierra rasa en medio y abriendo el vacío frente al invasor. La defensa quedaría centrada en Córdoba, donde se organizaría la ofensiva. Todo eso es cierto; pero el plan debía ponerse en marcha sólo en caso extremo, ante la imposibilidad de retener la Capital, no aplicable *ipso facto* ante la aparición de un pequeño cuerpo invasor que basaba su acción en la audacia antes que en la fuerza.

Tampoco estuvo elegante mandar fuera a la familia, en franco tren de fuga, demostrando que el Virrey pensó retirarse desde el primer momento. La primera escala que hizo Sobre Monte fue Monte Castro, donde se unió cariñosamente con los suyos. Ignacio Núñez, testigo presencial, comentó con amarga ironía:

“El Virrey llegó a Monte Castro y tomó posesión de la Sra. Virreyna, al mismo tiempo que el mayor general Beresford llegó a la fortaleza y tomó posesión del Virreynato.”

Cuando Sobre Monte llegó a Córdoba, la declaró capital provisional.

En Buenos Aires reinaba la confusión. Los dispersos del puente de Gálvez entraban en desorden, sembrando el pánico. Las autoridades, reunidas, debatían la situación. Había que capitular; pero ¿cómo se hace una capitulación? Y allí los graves señorones de la Audiencia se trenzaron en desorientadas consideraciones sobre el protocolo a seguir.

Eran las primeras horas de la tarde del 27 de junio, día gris, cargado de tristeza. Las nubes plomizas se deshacían en llanto de lluvia persistente, fría, invernal. El reloj del Cabildo marcaba las tres, cuando extraños sonidos musicales se acercaron a la plaza Mayor, música marcial de suaves tonos agudos, marcando el compás de firmes pies en marcha. Pronto desembocaron en el

espacio de la plaza soldados correctamente formados, de rojas casacas, con aire arrogante y victorioso. Venían en filas muy espaciadas, como queriendo ocultar cuán pocos eran en realidad. Altos, rubios, de ojos celestes, avanzaban en medio de un silencio opresivo, entre casas con puertas y ventanas atrancadas, impertérritos los rostros mojados por la lluvia, pero calientes los corazones por la victoria. Detrás de visillos y portales, otros ojos se empañaban de lágrimas al ver pasar al vencedor con la impotencia del vencido. Un profundo dolor caía sobre Buenos Aires, maridándose con el triste día de invierno. Un joven abogado de veintiocho años, testigo de la jornada, escribiría:

“Yo he visto en la plaza llorar muchos hombres por la infamia con que se los entregaba; y yo mismo he llorado más que otro alguno, a las tres de la tarde del 27 de junio de 1806, cuando vi entrar 1.560 hombres ingleses, que apoderados de mi patria, se alojaron en el fuerte y demás cuarteles de esta ciudad.”

El joven letrado se llamaba Mariano Moreno.

Beresford, gobernador

Una vez en el Fuerte y con la bandera británica tremolando al tope del mástil, Beresford hizo balance de la acción. La conquista de Buenos Aires había costado a los ingleses un muerto, un desaparecido y trece heridos leves. Más barato, imposible. En Londres se alegrarían los corazones. Pero en Buenos Aires había una urgencia mayor: ¿dónde estaban los caudales? Se los había llevado el Virrey. Beresford frunció el ceño, y pronunció alguna torva amenaza. Si no aparecían los caudales, podía tomar desagradables represalias. Urgente comunicación a Sobre Monte. Finalmente, éste accedió a entregar los cau-

dales, con la condición de que no salieran de Buenos Aires hasta determinar claramente si eran o no un botín de guerra legítimo. En Luján los ingleses se hicieron cargo del tesoro. Desdichadamente, no eran cinco millones, como decían los informes, sino apenas algo más de un millón de pesos plata, pero siempre era algo, y podía compensar el sacrificio de la conquista. Como en ningún momento pensaran respetar lo acordado, lo embarcaron rumbo a Londres, donde fue gloriosamente paseado por las calles, antes de ser depositado con unción en las arcas del Banco de Inglaterra. Cuando llegó el momento de la repartija, y después de algunas trifulcas entre los jefes por las partes correspondientes, Beresford recibió once mil libras esterlinas, y Popham, siete mil; en cuanto a Baird, que sólo prestó la tropa sin correr riesgos, se llevó la mejor parte, veinticuatro mil libras. De todas maneras, era bastante dinero para todos. Allá en su paraíso de piratas y corsarios, Morgan y Drake debieron de asentir con aprobación...

Por el momento, Beresford se dedicó a organizar la conquista. Como no tenía instrucciones de ningún tipo, obró prudentemente. En principio, Buenos Aires pasaba a ser colonia inglesa, en tanto la Corona no resolviera otra cosa, de modo que había que jurar a Jorge III. Pero trató de no ser demasiado urticante, buscando apoyo en la población; sobre todo, entre los poderosos. Siguiendo la experiencia ya probada en la isla Trinidad, comunicó que la religión, los bienes y las instituciones de los porteños serían respetados escrupulosamente. Conservó el aparato administrativo español, confirmando en el cargo a todos los funcionarios. Lo único que cambiaba era la bandera y el monarca. Lo demás seguía tal cual. Invitados a jurar al nuevo Rey, allí fueron los españoles. El obispo don Benito de la Lué y Riega al frente de todo el clero, salvo escasas y honrosas ex-

cepciones; el Cabildo en pleno, y los jefes militares. Ninguno tuvo empacho en declarar su flamante devoción a Jorge. El Consulado también apareció e hincó la rodilla, con excepción del secretario, elegante y puntilloso abogado de treinta y seis años, Manuel Belgrano, que luchara en las escaramuzas previas a la ocupación. Antes que jurar, prefirió irse a la Banda Oriental. La Audiencia también se negó en redondo, por su condición de representante del Rey de España, además de que, habiendo jurado a Carlos IV, se sentía inhibida de hacerlo por otro monarca.

Aparte su formal respeto por la religión, usos, propiedades y autoridades de los porteños, Beresford informó el 28 de junio que se otorgaría plena libertad de comercio, y además prometió – ¡oh dicha! – que serían rebajados los impuestos.

Aquellos días parecieron augurar a los ingleses una larga y feliz estada en su nueva colonia. La tropa se alojaba en los cuarteles; pero jefes y oficiales pasaron a residir en las casas de las familias más distinguidas de la ciudad, donde fueron bien atendidos. Elegantes y apuestos, atentos y corteses, fraternizaban con sus huéspedes. Se anudaron algunos romances, y no fue raro ver pasear una niña porteña junto a un impecable oficial inglés. Incluso se tomaron algunas costumbres de los invasores; sobre todo, en formalidades del trato y en el servicio de la mesa.

Todo iba viento en popa, y Popham se felicitaba de su genial idea. Los primeros partes de Beresford a Londres exultaban seguridad y optimismo. Buenos Aires estaba definitivamente ganada. Sólo alguno que otro oficial detectaba ciertas miradas de odio, algún gesto desdeñoso, el saludo cuidadosamente negado, el servicio retardado, una vaga, apenas velada hostilidad, sorda e imprecisa, pero latiente y presente.